

ÍNDICE

Introducción	7
1. La traición en el Huerto de los Olivos	15
2. En casa de Anás y Caifás	23
3. La negación de Pedro.....	31
4. Jesús ante Pilato	35
5. La flagelación y coronación de espinas	43
6. Jesús condenado a muerte	53
7. Jesús ante la Cruz.....	57
8. María junto a la Cruz de su Hijo	67
9. Madre de Dios y madre nuestra.....	73
10. Jesús muere en la Cruz	77
11. El sepulcro vacío.....	83

1

LA TRAICIÓN EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS

Es noche cerrada en el huerto de Getsemaní adonde Jesús ha acudido libremente para coronar la obra que su Padre le encomendara en la tierra. En el aire flota la traición. Los servidores del Templo y algunos soldados romanos, custodios del orden, se deslizan entre los añosos olivos.

Por tres veces, como si le costara admitirlo, San Juan dice que fue Judas el causante de esta afrenta. Que sea uno de los suyos quien se ponga al frente de una cohorte de soldados mandada por sus enemigos y aprovechando la oscuridad de la noche es algo sumamente degradante y deja en el alma la desabrida y helada sensación de la traición.

¿Cómo es posible que quien estuvo tan cerca de Jesucristo, quien fue elegido por Él como uno más del pequeño y querido grupo de los Doce, cometiera una acción semejante? Aunque el caso de Judas es un enigma que forma parte de ese misterio de iniquidad, como la teología llama al pecado, haría falta no haber hecho nunca examen de conciencia para escandalizarse de esta oscura e innoble acción. Cualquier cristiano comete un delito parecido cuando desobedece y traspasa los preceptos de Dios. El pecado traiciona y crucifica de nuevo a Jesucristo, como dice la Sagrada Escritura (Cfr. Hebr 10, 28, 29; 6, 4 y ss).

Jesús les hace frente con una pregunta: *¿A quién buscáis?* Respondieron, a Jesús Nazareno. Con una energía que sobrecogió a aquellos guardias respondió Jesús: *Yo soy*. Ante esta voz llena de imperio sus enemigos retrocedieron. San Juan nos dice que cayeron en tierra. La presencia de un enemigo poderoso, –y Jesús lo era para ellos– poderoso en obras y en palabras (Cfr. Hech 2, 22; Rey 1, 10 y ss), ha sobrecogido siempre o, al menos, ha hecho contener la respiración. San Agustín se hace eco de este poder de Cristo y lo asocia al que ejercerá en el último día contra sus enemigos: «Yo soy, dice, y derriba a los impíos. ¿Qué hará cuando venga a juzgar, si esto hizo cuando iba a ser juzgado? ¿Cuál será el poder del que ha de reinar, si tal fue el del que iba a morir?» (San Agustín, In Ioann. Ev. Tract., 112, 3).

Cristo se entrega ahora libremente por una orden expresa de la voluntad de Dios, dice San Pedro en su

discurso después de Pentecostés (Cfr. Hech 2, 23). Pero un día le veremos con toda su majestad también, aunque esta vez acompañado de todos sus ángeles y sentado en el trono de su gloria, para que comparezcan ante Él todas las naciones (Cfr. Mt 25, 31-32). Como en esta hora amarga de la Pasión del Señor, los hombres podrán decir a lo largo de la historia muchas y ofensivas palabras contra Él, pero en el día del Juicio Final hablará sólo Él, y toda la creación tendrá que callar y atenerse a su juicio.

La libertad con la que el Señor sale al encuentro de esta hora –su hora– queda patente, en esta página de San Juan, en la figura de estos guardias atemorizados ante la viril repuesta de Jesús, completamente dueño de la situación, y en el mandato expreso dado a Pedro para que envaine su espada.

La resolución de Jesús de cumplir la voluntad de su Padre es visible: El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿he de dejar yo de beberlo? La vida de Cristo no tiene otra justificación que llevar a término la obra confiada por su Padre (Cfr. Jn 4, 34). Pero la advertencia hecha a Pedro para que deponga toda violencia y al que, tiempo atrás, ya había amonestado por no entender el papel del dolor y la muerte en los designios de Dios (Cfr. Mt 16, 23), merece nuestra atención.

El Señor prohibiendo a Pedro utilizar medios coercitivos, subraya el carácter trascendente de su misión salvadora. Jesús consideraba una tentación satánica el reducir la

voluntad de Dios de librarnos del pecado, a una tarea exclusivamente temporal. Así se lo hizo ver al propio Diablo en persona (Cfr. Mt 4, 8-10; Lc 4, 5-8), interesado como nadie en esta alternativa, y se lo vuelve a recordar aquí Pedro: *Mete tu espada en la vaina.*

Jesús renuncia a la lucha, porque no es esa su misión. El odio y la violencia no harían otra cosa más que contribuir a que una noche sin estrellas, como ésta de Getsemaní, se extendiera por todas partes formando una espiral de irracionales consecuencias. Ahí están, en el recuerdo de todos los que conocen la Historia, las víctimas ocasionadas por la obsesión del odio, las violencias sin nombre cometidas en la guerra o en los ajustes de cuentas, y los terribles ultrajes e injusticias perpetrados contra millones de hijos de Dios por opresores sin conciencia. El resultado sería una necrópolis en ruinas, un coro de llanto y luto, un rescoldo entre las cenizas que aguardaría el mejor momento para el desquite y el revanchismo.

Debemos empeñarnos en mejorar nuestro mundo, cada uno dentro de sus posibilidades y en el lugar que ocupamos en la sociedad pero sin violencia. Dios no se opone a ello. Por el contrario, no hay llamamiento más apremiante a mitigar el hambre, a calmar la sed, a aliviar el dolor del enfermo, del encarcelado, etc., que el llamamiento del cristianismo. Cristo considerará una ofensa hecha a Él mismo aquellas cosas que debimos hacer por los demás pero no hicimos: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus*

ángeles, porque tuve hambre y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber... (Mt 25, 41 y 42).

Es evidente que Cristo alentó esta preocupación por mejorar la suerte terrena de los demás curando enfermos, alimentando a las muchedumbres, etc, pero no fundó hospitales o clínicas, ni construyó mercados o cooperativas para abastecer las necesidades humanas. No era esa la misión que le traía a la tierra. Leyendo con atención el Evangelio, se puede advertir cómo Jesús, aunque admitió entre sus discípulos hombres de diversas tendencias políticas, jamás les habló de este asunto y eludió cualquier compromiso terreno. Más aún, algunos, como Pedro, iban armados, pero les prohibió hacer uso de la fuerza en la hora suprema del coronamiento de la obra que el Padre le había encomendado.

Este pasaje, alude a esa voluntad de Dios que quería ofrecer a su Hijo como víctima que nos rescatara del poder de las tinieblas: *“Mete la espada en la vaina. ¿No he de beber el cáliz que me dio el Padre?”*. Con su acción quiso el discípulo defender al Maestro, sin detenerse a pensar en sus consecuencias. Por eso fue necesario exhortarlo a la paciencia y consignarlo para enseñanza nuestra.

Aquí está la razón de la pasión y la muerte de Cristo. Porque aunque la hostilidad del Sanedrín hacia su doctrina y el odio a su persona presagiaban un desenlace cruel, la facilidad con la que en otras ocasiones Jesús

desarbolaba a sus oponentes con su iniciativa dialéctica y sus milagrosos poderes, aquí, con la nula resistencia que en esta ocasión opone, reforzada con el mandato a Pedro de que se abstenga de emplear la fuerza, hace patente su voluntad de entregarse libremente a la muerte por nosotros.

Hay aquí un misterio que precisa una meditación atenta, porque hoy se quiere temporalizar la obra de Cristo reduciendo la misión de la Iglesia a una denuncia de las injusticias sociales de las clases más poderosas sobre las más débiles, empujando a los cristianos a que den su vida en la lucha contra estos desórdenes en favor de la liberación de los más débiles. O reduciendo la vida cristiana a una preocupación exclusivamente social.

No se puede negar que el odio de los doctores y fariseos, la histeria de una muchedumbre hábilmente manejada, la traición de uno de los suyos, y la cobarde vacilación de Pilato, precipitó el trágico final de Jesús. Como una serpiente que se enrosca una y otra vez para morder y matar con su veneno, los enemigos de Jesús atentaron una y otra vez contra su vida. Pero Él hizo fracasar siempre que quiso este intento. ¿Qué ocurre ahora? El odio está ahí al acecho. Es cierto. Pero también estaba antes. ¿Por qué ahora no se defiende? Porque ha llegado la hora, *su hora*, como le gustaba llamar a este momento de su Pasión, Muerte y Resurrección.

Para el interés histórico profano, la muerte de Cristo no pasó de un drama de odios y celos provincianos,

de crueldad y pequeñeces de gentes que gritaban en un país alejado de las grandes rutas de entonces. Un incidente que se perdió entre los rumores de las fiestas pascuales de aquel año. A los ojos de Dios, en cambio, artífice verdadero de la historia, era el acontecimiento hacia el que converge todo y del cual irradia todo.

Como profetizó Isaías, el Señor, como cabeza del género humano, *“fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre Él y en sus llagas hemos sido curados”* (Is 53, 5). Jesucristo sufre, como primogénito de una nueva humanidad, todo lo que la humanidad merecía por el pecado cometido contra Dios. Así lo expresa la Escritura Santa: *“Yahvé cargó sobre Él la iniquidad de todos nosotros”* (Is 53, 6). Aquél en cuya boca no se halló engaño, ultrajado no replicaba, y atormentado, no amenazaba...; llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que, muertos al pecado, viviéramos para la justicia. Este era el plan de Dios: *De la misma manera que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente de bronce, así es necesario que el hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que crea en Él no muera, sino que alcance la vida eterna. Porque Dios amó tanto al mundo, que no paró hasta darle su Hijo unigénito* (Jn 3, 14–16).

¿Por qué eligió Dios este procedimiento y no perdonó la deuda con el solo arrepentimiento del hombre? Éste es un misterio impenetrable. La piedad cristiana ha ofrecido algunas razones. Pero, lo único que puede

decirse es que, querido así por Dios, ésta fue la forma más apta. La Escritura Sagrada nos lleva a pensar en la desobediencia de nuestros padres en el Paraíso Terrenal. «Al primer cabeza del género humano se le ordenó que reservara para Dios, apartándolo del uso profano, el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, siendo este acto libre de aceptar, como sagrado aquel árbol (*Sacrum facere*) y como señal, diariamente renovada, de su dependencia voluntaria y de su amorosa unión con Dios. Pero no obedeció ese mandato y rehusó hacer el sacrificio. Con mano sacrílega arrancó el fruto del árbol e hizo uso de él para satisfacer sus apetitos corporales, es decir, *lo profanó*, y al profanarlo desobedeció a Dios y se burló de su soberanía. La profanación del fruto fue señal visible y externa de rebelión. Fue la negación del sacrificio. Fue el acto que coronó la desobediencia, en la que toda la humanidad contenida potencialmente en Adán participó: *por la desobediencia de un solo hombre fueron muchos constituidos pecadores*». (LEEN, E. *¿Por qué la Cruz?* Madrid 1962, pág. 427).

A Jesucristo se le pidió que consagrara su vida a Dios para que las fuerzas del mal le clavaran en el Árbol Sagrado. Al hacerlo así, como reza la liturgia de la Iglesia –*lex orandi lex credendi*–, «de donde salió la muerte, de allí surgió la vida: y el que venció en un árbol fue en un árbol vencido, por Jesucristo nuestro Señor» (*Prefacio de la Santa Cruz*). Como todo pecado tiene, igual que el primero, su raíz en la soberbia, en el orgullo, Cristo soportó todos aquellos sufrimientos que son el polo opuesto de la soberbia y el orgullo. Como predijo

Jeremías, el Señor fue cubierto de oprobios (Lam 3, 30). No esquivó el Señor la tortura y la muerte, sino que se entregó obediente a la Cruz. Con este acto de suprema obediencia borró y compensó la desobediencia de Adán. Así lo asegura la Sagrada Escritura: *Pues a la manera que por la desobediencia de un solo hombre fueron muchos constituídos como pecadores, así también por la obediencia de uno solo serán muchos constituídos justos (Rom 5, 19).*

Se roza aquí un misterio insondable que, no obstante, pone de manifiesto la gravedad del pecado (Santo Tomas De Aquino, q. 46, a. 3 y q. 48, a. 1) y la hondura de la misericordia de Dios con los hombres, ese Amor que brota como un río caudaloso de arrolladora energía del Corazón de Cristo y que llevó a escribir al Apóstol: *“Después de esto, ¿qué diremos ahora?; si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que ni a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo después de habérselo dado a Él, dejará de darnos cualquier otra cosa? Y ¿quién puede acusar a los elegidos de Dios? Dios mismo, es el que los justifica. ¿Quién osará condenarlos? Después que Jesucristo no solamente murió por nosotros, sino que también resucitó, y está sentado a la diestra de Dios, en donde asimismo intercede por nosotros, ¿Quién, pues, podrá separarnos del amor de Cristo?...; estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza o violencia, ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se*

funda en Jesucristo nuestro Señor” (Rom 8, 31–39).

El amor de Cristo, que sobrepuja todo conocimiento (Cfr. Efes 3, 19), es la misteriosa razón que le llevó a la muerte por nosotros. Pero si constituye un misterio **el por qué** eligió Dios este procedimiento tan atroz, cuando un solo deseo, una gota de su sangre hubiese bastado (Cfr. Adoro te Devote), **el para qué** murió Cristo en la Cruz está claro. Jesucristo muere para libranos del pecado, del poder del Demonio que nos tenía dominados y de las consecuencias de esta doble esclavitud: la muerte y la segunda muerte: el infierno. El pecado es la raíz del mal. Por él, el hombre se cierra a Dios y a los demás. Quien no honra a Dios no honra tampoco al hombre, sino que lo utiliza para sus intereses egoístas y, si es necesario, lo atropella.